

## CIERRE

A mediados del siglo XIX las novelas históricas de Felipe Pérez sobre el pasado indígena y de conquista del Perú hicieron parte de las respuestas a uno de los múltiples vacíos que debieron llenar los neogranadinos al intentar consolidar la nacionalidad: la actitud ante el pasado. En nuestro discurso contemporáneo existe la necesidad de explicar de qué manera se ha llegado a lo que actualmente es y cuáles son los elementos de diferenciación con dicho pasado; así, es fundamental conocer la participación que tuvo la literatura en la construcción del pasado.

El autor compartió la importancia que tuvo la Independencia para el pensamiento de los neogranadinos, quienes intentaron, a partir de la primera gran crisis generada por la disolución de la Gran Colombia en 1830, consolidar una propuesta nacional. Se encontraron ante la disyuntiva que planteó su pertenencia a la tradición española fuertemente afianzada por el catolicismo y el común uso de la lengua, a la vez que por una serie de lazos que la mayoría de las veces estuvieron fortalecidos por las relaciones familiares. Por otra parte, estuvo la necesidad de ruptura que implicó la Independencia de España y las múltiples posibilidades que proporcionaron otras tradiciones como la inglesa y la francesa en un intento por consolidar una realidad propia, marcando la diferencia con el pasado colonial.

Felipe Pérez encaminó su búsqueda hacia la segunda propuesta, dirigida a la revisión del pasado indígena y español. En sus cuatro novelas —*Huayna Capac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros* y *Jilma*— dio una función particular a la literatura: generar una nueva imagen sobre el pasado. Además de volver a contar los hechos y las acciones, la escritura construyó un imaginario por medio del cual la literatura fue vocera de una sociedad que buscó representarse a sí misma en un presente, el cual a su vez se hizo más sólido al tener su propio pasado. De esta ma-

nera intentó solucionar los conflictos que en la tradición generó la presencia de la sociedad indígena que había tendido a desaparecer irremediablemente y la acción colonizadora española. El ejercicio de la literatura apuntó a la construcción social de sentido más que a la transmisión de mensajes acerca del mundo<sup>1</sup>.

En la construcción de sus novelas históricas Felipe Pérez apuntó a lograr una nueva apropiación de la temporalidad y de la espacialidad en la ubicación fija de unos personajes. Elaboró sus novelas a partir de la relación entre la historia y la ficción y los múltiples desplazamientos del tiempo y del espacio que esta relación le permite. El autor propuso una reflexión sobre el pasado colonial que, al neutralizar algunas diferencias entre el mundo americano y el mundo español, pretendió lograr una tradición unificada, en la que aceptó la tradición española, pero a la vez reconoció la pertenencia a una tradición americana. Para su propósito nacional no pudo renegar de ninguna de las dos, y quizá por eso no hubo denuncia sobre el proceso de Conquista y menos aún sobre los gobiernos incaicos. La actitud del escritor no fue radicalmente crítica ante el pasado, sino parcialmente en lo que correspondió al papel dado a la Iglesia católica. Intentó desde la literatura encontrar un equilibrio en dicho pasado, lo que, asumida la perspectiva, apuntó al equilibrio en el presente.

El autor neogranadino propuso, entonces, la elaboración de una versión textual del pasado, que le exigiera tomar distancia como medio para representar las diferencias. Las novelas intervinieron así sobre la tradición, la cual históricamente se convirtió en una cadena de interpretaciones acerca del pasado que, quiéralo o no el autor, nunca carecieron de una pretensión de verdad.

Aunque los partidos políticos liberal y conservador optaron por los planes educativos como arma política durante todo el siglo, el liberalismo al que estuvo adscrito Felipe Pérez asumió como propósito político la necesidad de educar al pueblo y utilizó la literatura como instrumento para cumplir este objetivo. Fue así como el narrador-autor buscó dar a la ficcionalización de la historia la función de la reflexión. Claro que fueron importantes tanto para el escritor como para

1. Gabrielle Spiegel, *op. cit.*, p. 127.

el lector la reconstrucción de los hechos y el placer anecdótico y detallado que éstos representaron, pero los textos no dejaron mucho espacio abierto a la ambigüedad ni a las diferencias de sentido. Condujeron a la reconstrucción de un pasado configurándolo desde los nuevos ejes en los que se articularon las relaciones entre el mundo español y americano. Se construyeron entonces los conceptos de verdad y verosimilitud propios del presente (llamados aquí neutralizaciones del pasado), elementos de equilibrio consolidados en el héroe Francisco Pizarro como hombre entre dos mundos y en el rechazo al papel de la Iglesia católica en el proceso de conquista.

La novela histórica y los discursos que sobre ella se elaboraron contaron con el problema de la verdad como hecho central para la concepción del género novelesco. En las obras de Felipe Pérez se buscó articular los conceptos de verosimilitud y de verdad como propósito fundamental de las novelas. Los textos construyeron su propia verdad, y crearon una serie de relaciones entre el pasado, elaborado por otros discursos, y la tradición historiográfica. Lo que el autor neogranadino buscó no fue llegar a la verdad en el sentido estricto de la palabra como reconstrucción fidedigna de los hechos, como de pronto sí lo buscaba, aunque también de manera indirecta, la historia. Su aspiración fue construir un discurso verosímil que propusiera su propia verdad, a la que se le imprimieron los valores del presente, y a la generación de dicho imaginario estuvieron supeditadas tanto las estrategias de verdad como de verosimilitud del texto. Las novelas de Felipe Pérez buscaron neutralizar las diferencias culturales del pasado, legitimar a partir de otros discursos tanto del pasado como del presente (el Inca Garcilaso de la Vega y William Prescott como los más importantes) y así validar la mirada a la historia hecha discurso.

Este valor fue quizá esencial en sus obras para generar un efecto de realidad. La novela histórica fue apropiada para la simulación de acciones, simulando estar reproduciendo el pasado aunque en realidad estuviera presentando, en el marco de unas ideas, una versión sobre el pasado. El lector no estaba leyendo historia aunque pareciera, no estaba frente a personajes sino ante piezas históricas, constantes y heroicas.

En este proceso de reorganización de la memoria histórica la neutralización de las tradiciones culturales, la española y la indígena, se

fundamentó en la estrategia narrativa de la comparación, con el fin de poder confrontar las diferencias en el equilibrio tanto temporal como espacial. Fundamental fue entonces la necesidad de presentar en una cronología europea el tiempo americano, lo cual lo ubicó en un mismo acontecer histórico. Conciencia de un antes y un ahora unidos por una línea temporal, el concepto de época, tan importante para los escritores de mediados del siglo XIX en la caracterización de su presente, hizo que Pérez construyera un devenir histórico con su propia periodización, devenir que le permitiera ubicar un continuo temporal en el que pusiera el tiempo americano en relación con lo que para él podían significar épocas eminentemente europeas como la Edad Media y el feudalismo.

A la vez, se suprimieron las diferencias cuando las dos sociedades se fundamentaron en las marcadas jerarquías entre los reyes y sus súbditos. Los intereses sociales eran los mismos en el ansia de conquistar territorios tanto por parte de los incas como de los españoles. Fue fundamental aquí la manera en que el autor presenta la conquista como una manera de transformar los mapas europeos y americano, mapas que se constituyen en fortín de oposición al otro, el que debe desplazarse, abandonando lo propio para adquirir un nuevo espacio.

Simultáneamente, las ciudades americanas indígenas se homologaron en sus características a las de la tradición europea, Cuzco y la antigua Creta se compararon en nivel de igualdad, lo que ya de alguna manera las unificó en un mundo y en una historia. A la vez la fundación de las ciudades como forma de implantación del mundo europeo en América implicó la transformación de su paisaje e hizo que los dos mundos tendieran a fusionarse en un solo mapa. La percepción del carácter civilizador de las ciudades permaneció así en la propuesta del escritor neogranadino.

La creación de otras constantes históricas, como la presencia de los hombres de la máscara entre España y América, fue fundamental para el desarrollo argumental de las cuatro obras. La historia se construyó a partir de la traición por medio de las palabras y la muerte de sus gobernantes como resultado de dicha traición. La conspiración se convirtió en una constante de la historia indígena y española, lo que nuevamente las igualó. Constantes narrativas desde el punto de vista argumental

representaron la lógica de la historia, lógica de la presencia española ratificada en la historia americana.

El equilibrio de los dos mundos en una armonía de constantes históricas de las múltiples conquistas, de las ciudades y los hombres de las máscaras estuvo sustentado en el hecho de presentar al héroe Francisco Pizarro como el español que construyó un discurso más cercano al del pensamiento liberal de un neogranadino del siglo XIX que al de un individuo del siglo XVI. No se buscó fundamentar la tradición americana en un personaje que surgió del mundo indígena que ya se asumió como desaparecido, se trató de un discurso antimonárquico en boca de un español que se ubicó entre los dos mundos. Subyace en el discurso del héroe Francisco Pizarro una legitimación del republicanismo liberal del autor, heredero del discurso fundacional criollo. Quizá por esto el personaje asumió el discurso americano, no indígena, desde una distancia crítica que probablemente sólo la dio el tiempo, en lo que apareció siempre enfrentado a los valores de su época. No se pudo desprender de la tradición española: Francisco Pizarro fue el héroe entre los dos mundos, personaje carente de territorio, héroe por excelencia de los desplazamientos y de las comparaciones. Quedó así solucionado el problema histórico de la desaparición del mundo indígena para los americanos, lo que a su vez pudo quedar compensado con la fusión de razas que tendieron a prefigurar permanentemente la historia. El papel de Pizarro fue crear el puente hacia el presente, quizá el nuevo territorio ya no español, pero tampoco indígena. Fue el hombre de ambos mundos que como Cortés vivió como un personaje que buscó adecuar las acciones al discurso, pero también lo más importante, como él, se consolidó en el héroe de la individualidad.

En esta búsqueda de neutralización del pasado, sólo equilibrada al máximo con la presencia de Pizarro, el elemento que se propuso más dañino para el futuro del mundo americano fue la presencia de la Iglesia católica como el instrumento por medio del cual España destruyó los valores de dicho mundo. Las palabras de los representantes eclesiásticos no se adecuaron a los hechos y su máscara propició el mayor peligro ante la riqueza americana, cosas que vivieron el pueblo elegido y sus representantes, los prelados de la Iglesia. Fue por esto fundamental para Pérez transformar el imaginario a partir de una

base anticlerical de la historia de la Conquista. Además de la presentación del padre Luque como la tipologización del representante de la Iglesia de una codicia extrema, se cuestionó la participación de la Iglesia por su manera particular de contar la historia, adjudicándole al tiempo divino unas características ajustadas a sus intereses. Así de manera explícita apareció en las obras la confrontación de las versiones de la participación del arcángel san Miguel en la batalla de Puná.

Más que una actitud anticatólica, la propuesta de Pérez fue anticlerical. América como la pérdida del cristianismo, y dicha pérdida se adjudicó en gran medida a los personajes de la Iglesia. El elemento español que permaneció en la tradición americana que debió desaparecer fue el poder de la Iglesia. Pero aun así, la presencia final y conciliatoria de fray Modesto, aquel maleante convertido al catolicismo ante la presencia de la naturaleza americana y ante la muerte, dio nuevamente a Felipe Pérez una solución al conflicto que pudo presentarle la tradición y aceptó la presencia quizá de una nueva Iglesia, que como fray Modesto fuera capaz de rechazar las codicias y las riquezas adquiridas por la Iglesia anterior en manos del padre Luque.

La constitución de imaginarios culturales requirió la rearticulación de la experiencia histórica nacional desplazada al pasado del Perú. Quizá de esta manera la novela histórica quiso dar a la memoria un lugar de poder. Puede hablarse entonces del carácter fundacional de la novela porque surgió de una necesidad de los neogranadinos de reconocerse en la pregunta por el pasado, creando un discurso indirecto sobre lo nacional. Así el imaginario participó del papel social de la literatura, buscando una transformación en la manera de ver el pasado, lo que indiscutiblemente tuvo que ver con la ideología. El concepto de nación dependió así de la adquisición de la conciencia del tiempo. La novela proporcionó, al menos desde su intención, una manera de imaginar las naciones y tuvo el potencial de transformar la realidad, imprimiéndole su propia imagen. Felipe Pérez, desde la concepción de la élite liberal, consideró la literatura como la labor indispensable para el desarrollo de la nacionalidad, y en esta perspectiva su extensa producción sobre el pasado indígena y de conquista fue una proyección política de la literatura y por lo tanto un intento por influir en la sociedad neogranadina.